

LA CRUZ DEL PIQUET

I
Ciprés, que, a la orilla del camino,
mirabas desfilas al peregrino
de la vida en su postrer viaje,
bajo el negro verdor de tu ramaje.

Contemplabas, mirando grave y serio,
el cortejo que iba al cementerio
siguiendo el féretro del ser querido
que nunca volverá, porque ya es ido...

Y cenllabas en tu forma serena,
la tristeza sentida por la pena
de mostrarte como árbol de dolor
en vez de sugerir un santo Amor...

Quisieras, doliéndote esta idea,
que tu severa, triste forma, sea
imagen de inefable ternura,
transformando tu tétrica figura...



La cruz que dominaba la villa de Enguera desde el Pico de la Alalaya, destruida en 1936, fué repuesta en 1939, al finalizar la Cruzada. Arrancada por el huracán, se colocó nuevamente el domingo día 9 de Noviembre de 1947. A las 4 de la tarde, desde la Iglesia, se llevó la cruz, a hombros de varios concejales, hasta la salida del pueblo, donde se encargaron de subirla hasta la cumbre del Piquet los Jóvenes de A. C. Erigida en su lugar, fué bendecida seguidamente por el Sr. Arcipreste, ante una multitud de vecinos que, desde la misma cumbre y desde la subida de la Mota, presenciaron la ceremonia. Para la construcción de esta hermosa cruz se empleó la madera de un ciprés del camino del Camposanto, derribado por el viento.

Esta noticia, publicada por nuestra Circular, ha inspirado los sentidos versos que a continuación insertamos, agradeciendo a su autor la delicada fineza de su colaboración en estas enguerinas páginas.

II
Dios te escuchó. Tu tronco erguido
por feroz huracán quedó abatido;
y merced al horrísono huracán
conseguiste, ciprés, tu fierno afán...

Dios te ha mirado con su clara luz,
y al convertir tu tronco en una Cruz
encarnas el proceso de Pasión
que ofrece a los humanos Redención...

Amor y Caridad tu signo encierra
y promete a los seres de la tierra
el cambio de sus mil odios insanos,
por el cariño y paz de los hermanos...

Por voluntad de Dios, que así lo quiere,
tu incorrupta madera nunca muere...
¿En qué emplear mejor tu calidad
que en hacerte expresión de Eternidad?..

III

¡Oh Cruz! Tus erguidos brazos abiertos
los sostienes la savia de los muertos,
que nos legaron la congoja y llanto
al dejarlos en ese Camposanto...

Si como Cruz cristiana eres señora,
como afecto y dolor eres Enguera,
pues sus hijos te dieron savia para
hasta depositarte en esa altura...

Roguemos porque desde la alta cumbre
donde estás, sintamos que tu lumbre,
que tus brazos irradian de tu entraña,
caliente los hogares de España...

Que nuestro corazón sienta brotar
el dulce anhelo del cristiano hogar,
y oagamos, de Amor y de Fe en pos,
hacia el Reino inmortal que rige Dios.

MANUEL ALBIÑANA SANZ, 1948.



La Cruz del Piquet

La cruz que dominaba la villa desde el Pico de la Atalaya, destruida en 1936, fue repuesta en 1939, al finalizar la Cruzada. Arrancada por el huracán, se colocó nuevamente el domingo día 9 de Noviembre de 1947. A las 4 de la tarde, desde la Iglesia, se llevó la cruz, a hombros de varios concejales, hasta la salida del pueblo, donde se encargaron de subirla hasta la cumbre del Piquet los Jóvenes de A. C. Eregida en su lugar, fue bendecida seguidamente por el Sr. Arcipres-

te, ante una multitud de vecinos que, desde la misma cumbre y desde la subida de la Mota, presenciaron la ceremonia. Para la construcción de esta hermosa cruz se empleó la madera de un ciprés del camino del Camposanto, derribado por el viento.

Esta noticia, publicada por nuestra Circular, ha inspirado los sentidos versos que a continuación insertamos, agradeciendo a su autor la delicada fineza de su colaboración en estas en-
guerinas páginas.

I

Ciprés, que, a la orilla del camino,
mirabas desfilas al peregrino
de la vida en su postrer viaje,
bajo el negro verdor de tu ramaje.

Contemplabas, mirando grave y serio,
el cortejo que iba al cementerio
siguiendo el féretro del ser querido
que nunca volverá, porque ya es ido...

Y ocultabas en tu forma serena,
la tristeza sentida por la pena
de mostrarte como árbol de dolor
en vez de sugerir un santo Amor...

Quisieras, doliéndote esta idea,
que tu severa, triste forma, sea
imagen de inefable ternura,
transformando tu tétrica figura...

II

Dios te escuchó. Tu tronco erguido
por feroz huracán quedó abatido;
y merced al horrisono huracán
conseguiste, ciprés, tu tierno afán...

Dios te ha mirado con su clara luz,
y al convertir tu tronco en una Cruz
encarnas el proceso de Pasión
que ofrece a los humanos Redención...

Amor y Caridad tu signo encierra
y promete a los seres de la tierra
el cambio de sus mil odios insanos,
por el cariño y paz de los hermanos...

Por voluntad de Dios, que así lo quiere,
tu incorrupta madera nunca muere...
¿En qué emplear mejor tu calidad
que en hacerte expresión de Eternidad?...

III

¡Oh Cruz! Tus erguidos brazos abiertos
los sostienen la savia de los muertos,
que nos legaron la congoja y llanto
al dejarlos en ese Camposanto...

Si como Cruz cristiana eres señora,
como afecto y dolor eres Enguera,
pues sus hijos te dieron savia pura
hasta depositarte en esa altura...

Roguemos porque desde la alta cumbre
donde estás, sintamos que la lumbre,
que tus brazos irradian de tu entraña,
caliente los hogares de España...

Que nuestro corazón sienta brotar
el dulce anhelo del cristiano hogar,
y vayamos, de amor y de Fe en pos,
hacia el Reino inmortal que rige Dios.

Manuel A/b'ñana Sanz, 1948.

(De **A nuestros Jóvenes**, Sep. 1948.)

ENGUERA y San Miguel

(POEMA LOCAL)



I. El campo

Espinazos de tres sierras,
con sus planos costillares,
recubiertos de pinares,
ofrecen feraces tierras
y abundosos olivares.
Dos valles, la orografía
limita para cultivos,
de remota lejanía
se ve la monotonía
verde-gris de los olivos.
El valle de Benamil,
la vertiente de La Plana,
sigue, por Benacencil,
Murre, Fraga y La Solana;
y es todo él un pensil
con los frutales en flor
y campos de sembradura
donde el rudo labrador
va derramando el sudor
que la cosecha asegura.
Valle corto en extensión,
pero ancho y largo en riqueza
por la fértil condición
de sus hoyas, bendición
que da la Naturaleza.
Hay otro valle, anchuroso
desde el declive inicial:
se extiende por La Canal
y baja, majestuoso,
desde el Hinojo al Charral.
Vegas de tierra secana,
vegetación africana
en que pitera y nopal
la superficie engalana
con su flora tropical.
Clima de aroma y hechizo
en la región levantina,
con lo que Dios satisfizo
—cuando los límites hizo
de la comarca enguerina—
el ser de los enguerinos:
honrados, dignos, cabales;
en tratos y amor, formales;
con la malicia, ladinos,
y en el hogar, paternales.

II. El pueblo

Ante áspera serranía
que lo cierra al Mediodía;
entre aromas de tomillo,
una Cruz —que es el vigía
de su gran fe— y un castillo



que lluvia y sol desmoronan,
está, sobre una colina,
la población enguerina,
que iglesia y torre coronan
con su memoria divina...
Sus calles alineadas,
sus casas brindando albura,
las paredes encaladas
o de pétreo arquitectura
y elegantes balconadas.
Grandes plazas anchurosas
con estatuas, cruces, fuentes...
Reliquias que los ausentes,
con sus vidas provechosas,
dejaron a los presentes...
¡Extraña ornamentación
que, cuando la contemplamos,
entenece el corazón
y cuanto más la miramos
más aumenta la aflicción!...

Las calles de alrededor,
son de artesanía altares,
donde ofician los telares
regidos por tejedores
entre duchas y cantares...
Las fábricas, catedrales
por su magnitud textil;
templos de amor, fraternales,
que con el suave esmeril
del trabajo curan males
de ayer, de hoy y mañana,
dando ocupación y pan,
disciplina útil y sana,
que al terminar la semana
ve satisfecho su afán.
Y al de arriba y al de abajo
une, con la obligación
de atender sin dilación
los mandatos del trabajo
que integran su redención...
La iglesia, nave grandiosa
donde la enguerina fe
en sus capillas rebosa;
y un campanario que se
uerge con prestancia airosa
de flamenco o de templario
a quien sólo falta capa,
pues es tal el campanario
de elegante y estatuario,
que hay que darle chato y tapa...
No hay que ser de Andalucía
para ofrecerle jaleo;
al comparar los que veo
con el de la iglesia mía
todo me parece feo.
¡Bien le cumpliste su anhelo
al arquitecto que te hizo,
pues tu conjunto castizo
no tiene, por todo el suelo,
ningún hermano mellizo!...
Este es el pueblo de Enguera;
agrario, fuerte y sufrido;
obrero, probo, entendido,
de alegre y gentil manera
después del deber cumplido.

III. San Miguel

Yo desearía, San Miguel,
cantarte como mereces
y que salieran mis preces
limpias del odio y la hiel
que producen los reveses...
Me quisiera despojar
de recuerdos enojosos,
ambicionando cantar,
con mi lira de juglar,
tus dones maravillosos...
Quien las aguas bautismales
ha recibido en tu pila;
quien te es fiel y vigila
los usos tradicionales
que la costumbre compila;
quien tiene su corazón
en ti puesto, sin alarde,
y en su pecho tu amor arde
hondamente y con pasión,
no será nunca cobarde,
nunca volverá la cara
ante azares del destino...
Lucha y vence. El enguerino
que en tu protección se ampara
nunca tuerce su camino...
Y si en la dura pelea
que sigue en su trayectoria
cae, no dejas que sea
sin el premio que desea...
¡Y lo llevas a la gloria!...
Por eso, en la exaltación
de tus fiestas en Enguera,
tus hijos de dentro y fuera
vamos, con veneración,
a cubrirte la carrera
de tu protección lucida,
deseada todo el año,
y darte, imagen querida,
nuestro amor y nuestra vida,
ausente de todo engaño.
El vigor y la entereza
necesarios en la lucha
de ti vienen. No es largueza
de deslumbrante riqueza
a quien tan bien nos escucha,
que te demos el tesoro
del más puro sentimiento,
y que, llenos de contento,
te tributemos, a coro,
tan justo agradecimiento.
De tu exactísimo peso
no quisiera, ¡oh San Miguel,
vencer su centrado fiel,
de mis culpas por exceso,
cuando mi alma llegue a él.
No nos dejes de tus manos
nunca, querido Patrón;
que mis ruegos no sean vanos.
¡Haznos a todos hermanos
y danos tu bendición!

Manuel ALBIÑANA SANZ

Fotos J. B.

Ruinas del castillo de
Enguera, vistas desde
el campanario



El Piquet de Enguera,
desde el campanario



BARRACA VALENCIANA

Al cantor del agro español Julián Velasco,
de Toledo, devotamente.

Como sé que te atrae
la paz del campo;
como sé que disfrutas
quiero que tu alma goce
con la presencia
de una humilde barraca
de mi Valencia.

El terreno comprende
media fanega;
por un lado la acequia
con que se riega
los bruñidos espejos
rectangulares
—que simulan, en agua,
los arrozales,
mirando al cielo—,
mientras la planta oculta,
crece en el cieno
que la sepulta.

Los naranjos de bronce
son un tesoro,
con sus flores de plata
y frutos de oro,
vigilando en secreto
—tal la manera
que destaca entre ellos—
la fiel palmera.

De ladrillo y con borde
la limpia era;
un trozo de terreno
como plazuela,
limitando en las flores
que la rodean;
pozo bajo la sombra
de enorme higuera,
y una blanca barraca
que un rey quisiera,
si supiera la dicha
que da esta tierra...

Su arquitectura es parca,
ruda y sencilla,
y enmarca en el paisaje
a maravilla;
un pasillo, dos cuartos
y corraliza;
la misma planta, en alto,
que se agudiza
en rápidas vertientes
recubiertas de paja;
en el ángulo agudo
del frente de la casa,
desafiando al viento
de sales marineras,
rústicos leños forman
breve cruz de madera.

Estampa de azulejos
sobre la puerta,
revela el amor puro
que hay en la Huerta
por la sagrada Virgen
del Desamparo;
jaula débil de junco
sujeta a un clavo,
y en ella un pajarillo
siempre cantando...

Parece que se inclina,
desde lo alto,
la Virgen bondadosa
para escucharlo...

Si escucha el dulce canto
del pajarillo,
¿qué no hará la Patrona
con el sencillo
huertano que le cuenta
sus inquietudes...?

Lo escucha, sí, y lo afirma
en sus virtudes...

Y el trabajo prospera
con la abundancia
de los múltiples frutos
y la constancia
del tenaz labrador
—guiado por el celo
que el celestial Amor
prodiga en este suelo—...

Y hace que el corazón
entero de la Huerta,
estalle con pasión,
en generosa oferta
de trabajo y vida
y vibrantes colores,
a la Madre querida
de todos sus amores...

Tu colección agraria,
¡oh, gran poeta!,
si no canta mi tierra
será incompleta...

Ven, a gozar tesoros
de poesía,
que ofrece a los poetas
la tierra mía;
ven y verás el alma
fiel y sencilla,
de esta humilde barraca
que maravilla
y asombra al Mundo entero
con su opulencia...

¡Ven, a libar las mieles
de mi Valencia!

Manuel ALBINANA SANZ



El cazador de vuelo

Puntería y tranquilidad
son dotes del volatero;
resistencia, agilidad
y dulce conformidad
si yerra el tiro *certero*...
Ni achacar a la escopeta,
ni a la carga del cartucho,
que considera incompleta,
los errores que cometa...
Es que en el vuelo no es ducho.
Con la escopeta en las manos
cruza el valle, sube al cerro,
libra espinos y majanos
y va, en laderas y llanos,
sin perder de vista al perro.
Cuando la suerte depara
el lance, que el perro muestra,
con tranquilidad se para,
y con calma se prepara
a la acometida diestra.
—¡Entra!— le dice, mandando
al perro para que embista,
y sorprenda, entero, al bando,
que quieto y picoteando,
tiene el can ante su vista...
Es momento de emoción.
El bando inicia su vuelo,
sorpresa, ante el ciclón
que produce en su empujón
el perro, dueño del suelo.

Entonces, el cazador,
con gran medida y aplomo
procura hundir el plomo
en la que, con su pavor,
salió primero. Y como
ésta es la más distante,
buscará, rápidamente,
sin desperdiciar instante,
y con vista vigilante
encañona, de repente,
una; y al dar al gatillo
trasero de la escopeta,
de modo suave y sencillo,
caerá como un campanillo
y hará jugada completa.
El perro hará lo demás;
pues, con su certero instinto,
seguirá el *viento*, detrás
de las piezas, aunque más
conozcan el laberinto
de matorros y maleza;
pues, buscándolas, ufano,
con su segura destreza,
las pondrá, pieza tras pieza,
del cazador en la mano.

MANUEL ALBIÑANA SANZ

Burgos 1960.



CEJAS DE CONCURSO

A poco observador que sea uno —y los enguerinos tenemos la facultad de la observación bastante desarrollada— notamos que las *marquesinas* velludas que coronan nuestros ojos son de una variedad tal que se haría difícil una clasificación exacta, pues, al detenernos en su examen, pasamos de la sutileza casi imperceptible de las cejas rubias, de los albinos, o las apenas insinuadas de los alopecicos, a otras negras y bien delineadas, separadas por un espacio supernal, más o menos rectas o ligeramente arqueadas; o a las bien tupidas y sin separación, que forman la reproducción exacta del murciélago en vuelo; o las que en toda su longitud, tienen una anchura exagerada y un desarrollo peludo, de tal lozanía y vigor que su contemplación nos hace pensar en los bosques milenarios y la jungla inaccesible de África o América...

Como modelo de estas últimas cejas, conservo el recuerdo de las que tenía el *tío Pepe el Forasteret*, que fue alcalde de Navalón, y que al moverlas, mientras hablaba, apenas se divisaba, bajo el fragor de los canosos y crecidos pelos, los dos puntitos negros de los ojos brillantes, cargados de malicia, allá en el fondo, como dos luciérnagas cobijadas en un matorral de lentiscos y aliagas...

De tipo *patrón* creí que las del *tío Pepe* podían ajustarse bastante bien a las cejas superpobladas de vegetación capilar; pero, sí, sí...

Al balneario de Liérganes, próximo al de Solares, donde acudo todos los veranos a inhalar gas sulfídrico contra las afecciones bronquiales, ha concurrido este año un señor de la provincia de Toledo cuyas cejas me produjeron tal asombro, tal admiración, tal preocupación por encontrar los medios explicativos de su tamaño y frondosidad, que llegué a comprender lo satisfecho que debió quedar don Francisco de Quevedo y Villegas cuando compuso el célebre soneto a aquellas *superlativas* narices, al paladear yo el goce que me produjo el descanso de poner todas aquellas sensaciones, admiraciones y estupefacción reflejadas en la siguiente redondilla:

«Con el pelo de esas cejas
se hilan sesenta madejas;
se rellenan seis cojines,
se tejen diez calcetines
y doce cubrebandedas.»

Nada de hipérbole. Si ese señor lanza el pelo de sus cejas al aprovechamiento textil, se acabaron las fibras artificiales, y el *tergal* quedaría sustituido automáticamente por el *cejal*... ¡Caballeros, qué prodigalidad, qué extensión, robustez y desarrollo de cejas...!

Por asociación de ideas, este hecho me trae a la memoria el recuerdo de otras cejas, enguerinas, por cierto, y que a mi querido e inolvidable amigo Eduardo Martínez (q. s. G. h.), tan buen técnico textil y admirable artista como desafortunado poeta, le producían estupor y un desasosiego inexplicable cada vez que las miraba...

En Peal de Becerro, pueblo de Jaén, se había establecido como pañero un paisano nuestro llamado no sé si Miguel o Pedro «Teiboles», mote inofensivo que lo designaba y que yo escribo por ignorar sus apellidos.

Este señor, buen cliente y amigo de Eduardo, venía al pueblo todos los años a mediados de verano y permanecía hasta primeros de noviembre, fecha en que recogía las bellotas de una encina que tenía en el camino de San Antón, por detrás de la Caseta de Almenar.

Acudía todas las tardes a tomar café al casino de Chimo, en la placeta del Palacio, y sentado en el saliente de un balcón, bajo una verde persiana y ante un velador con el servicio, presidía una tertulia de amigos cuyos temas eran, por lo general, evocaciones, recuerdos y comentarios de *cosas enguerinas*.

¡Buenas cejas lucía nuestro paisano «Teiboles»; espesas, entrecanas, con gruesos y largos pelos en espiral, como *macollás de hilaeras* retorcidas!

Yo, que era un chaval, recuerdo al señor «Teiboles», levantando con la mano izquierda un gran sombrero negro, mientras con la derecha pasaba por su calva sudorosa un enorme pañuelo de yerbas, de setenta u ochenta centímetros de orilla; o cuando abría su chaqueta y sacaba de un bolsillo interior la petaca, que ofrecía a sus amigos, y que contenía *veinte caixetas* de tabaco...

El era grande y, naturalmente, usaba las cosas con arreglo a su tamaño; así el pañuelo, la petaca y el garrote de mata parda, buen ejemplar en clase de garrotes, cuya presencia había que tener muy en cuenta...

Ya he dicho que este señor y Eduardo eran muy amigos. Aquella tarde, con los demás componentes de la tertulia, se hablaba de conocidos *versaores*, recordando improvisaciones y desafíos entre «Pere las Vacas», «Parreta el de Canales» y otros juglares enguerinos o de la vecindad.

Eduardo Martínez no reconocía la importancia del verso de aquella gente rural, alegando la fácil libertad de hacerlos, a veces, en sentido disparatado y ajeno al tema de que se trataba.

—Nada, nada, eran unos indocumentados que apenas sabían leer y escribir, si es que sabían, y que en la mayoría de las veces no daban pie con bola; y yo, como demostración verdadera de la facilidad libérrima con que lo hacían, soy capaz de hacerte (a «Teiboles»), ahora mismo, una improvisación al estilo de ellos.

—¡Tú qué vas a versar como lo hacían aquellas lumbreras...! —replicó «Teiboles». Que te crearás que versar es hacer la urdida de un cabo de mantas o un paño catorceno...

—Pues para que te convenzas de lo fácil que es —dijo Eduardo— escucha esta semblanza tuya que se me ha ocurrido.

Y poniéndose de pie declamó:

«Eres Peal de una pieza,
y de Becerro apellido;
y tienes unas orejas
que pareces un pollino
y dos *raspalles* por cejas...»

Los dos últimos versos los dijo iniciando una huida vertiginosa hacia la escalera, mientras «Teiboles» pugnaba por salir, garrote en mano, del encierro en que entre el velador y los tertulianos estaba inmovilizado.

MANUEL ALBIÑANA SANZ